

parecer, con las decisiones tomadas para el día siguiente. En cuanto á mí, tenía la convicción de que todo lo que se refería á la música, estaba subordinado á otras preocupaciones que les atormentaban. Le acompañé hasta el vestíbulo dando muestras de gran cortesía—¿cómo es posible que se deje de acompañar á un hombre que se presenta en vuestra casa para turbar la paz de la familia y aniquilarla para siempre!—y estreché con afectuosa amabilidad su mano blanca y bien cuidada.

XXII

En el resto del día no dirigí la palabra á mi mujer; no pude hacerlo, y su permanencia á mi lado provocaba en mí un odio tal, que tenía miedo de mí mismo. En la mesa y en presencia de mis hijos me preguntó cuán-

do deseaba emprender el próximo viaje. Efectivamente, en la semana siguiente tenía que asistir á un Zemstvo ó asamblea general. La contesté y me preguntó qué era lo que necesitaba para el camino. No la contesté entonces ni una palabra, y en silencio me retiré á mi despacho. Por lo general, no acostumbraba á estar en éste, sobre todo á aquellas horas. De pronto oí que se acercaba alguien y reconocí su paso. Un pensamiento terrible, innoble, se apoderó de mi alma. «¿Iba á verme á aquellas horas para ocultar, como la mujer de Urías, una falta ya cometida? ¿Iría realmente á mi cuarto?» Y los pasos se acercaban cada vez más. «Pero si se presentaba, ¿tendría yo razón?»

Se apoderó de mí un sentimiento de odio; los pasos se iban acercando, se acercaban cada vez más. ¿Pasaría por allí para ir al salón? No. La puer-

ta rechinó sobre sus goznes y se presentó ella, con su estatura bien proporcionada, su talle esbelto y su aspecto gracioso, agradable. En los rasgos todos de su rostro, lo mismo que en sus miradas, se observaba una timidez, una expresión insinuante que quería disimular, pero que saltaba á los ojos y cuyo alcance comprendí en seguida. Faltábame poco para ahogarme, de tal manera contuve la respiración, y sin dejar de mirarla tomé un cigarrillo y lo encendí.

—«¿Qué significa esto? Vengo á hablarte y enciendes un cigarro,—dijo sentándose á mi lado y apoyando la cabeza en mi hombro. Y yo me retiré para no tocarla.—Ya veo que te gustaría más que yo no tocase el domingo»,—añadió.—«Pues estás equivocada»,—contesté.—«¿Te has figurado que no lo he comprendido?»—«Si lo comprendes, te felicito. Lo que

estoy yo viendo es que te portas como una mujer de poco más ó menos». —«Si has de empezar á hablar de esa manera, me marchó». —«Está bien, márchate, pero ten presente que si el honor de la familia no es nada para ti, para mí es cosa sagrada. ¡Ahora vete al diablo!» —«Pero ¿qué es lo que hay? ¿Qué pasa?» —«Vete, te lo pido por amor de Dios, ¡márchate!»

No se marchó. Fingiendo no comprenderme, ó realmente no entendiéndome, es lo cierto que estaba ofendida y que se incomodó.—«Te vas haciendo insoportable,—me dijo;—ha de llegar día en que ni un ángel pueda vivir á tu lado,—y deseando á la cuenta molestarme todo cuanto estaba á su alcance, añadió á continuación:—Después de tu conducta para con mi hermana, no me extrañará nada de cuanto puedas hacer conmi-

Sonata—13

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1675

go».—Con estas palabras aludía á una disputa que había tenido yo con su hermana, en la cual, fuera de mis casillas, la dije algunas groserías. Sabía que ese recuerdo me molestaba y procuró reavivar el dolor de la llaga. —«Está bien,—pensé;—véome ofendido, insultado y encima me hacen responsable».

De pronto se apoderó de mí un furor indecible, una rabia tal, cual nunca la había conocido, y por la primera vez experimenté deseos de pasar del pensamiento al hecho. Me sobresalté, y en aquel momento me pregunté si estaba bien que me dejase arrastrar por aquel primer impulso. Me respondí afirmativamente, creyendo que así la intimidaría, y en vez de combatir, de dominar semejante acceso de rabia, lo aticé, considerándome dichoso al sentir que hervía en mi pecho.—«¡Márchate ó te

aplasto!»—grité presa de ira y cogiéndola de un brazo, pero no por eso se alejó, y entonces se lo retorció dándola un violento empujón.

—«Pero ¿qué es lo que tienes, Vasía?—me preguntó.—¿Te marcharás de una vez?—aullé con furia dirigiendo á todas partes miradas coléricas. —¡Vas á conseguir que me vuelva loco! ¡No respondo de mí! ¡Márchate!» Y dejándome llevar por los impulsos de esa cólera, quería saber hasta qué extremo llegaría ejecutando algún acto de brutalidad. Experimentaba en aquellos momentos como una necesidad de pegarla, de machacarla los sesos; mas sabía que esto no podía hacerlo y me contuve, y acercándome precipitadamente á mi mesa, cogí un pisapapeles y lo estrellé en el suelo á sus pies, mas antes de tirarlo calculé de modo que ella no pudiese esquivarse. Hacía todo aque-

llo de manera que ella pudiese verlo. Cogí después un candelero y lo mandé á reunirse con el pisapapeles, luego arranqué un termómetro que estaba colgado en la pared y, sin dejar de vocear, la amenacé diciendo:

—¡Vete! ¡Sal de aquí! ¡No respondo de mí!

Se marchó y me calmé en el acto. A los pocos minutos se presentó la nodriza diciéndome que su señora tenía un ataque de histerismo. Fuí á verla y la hallé riendo, llorando, sollozando, sin poder pronunciar ni una sola palabra y temblándole todo el cuerpo. No lo fingía, sino que realmente estaba enferma. Llamamos al médico y durante la noche la asistí. Al amanecer se calmó y nos reconciliamos bajo la influencia de ese sentimiento al que se da el nombre de amor. Al día siguiente la confesé que estaba celoso de Troukhatchevsky y

no se apuró lo más mínimo; se echó á reír con el aire más natural del mundo, tan extraña le pareció la probabilidad de que pudiese ceder á semejante hombre.

—¿Acaso una mujer honrada,—me dijo,—puede experimentar por ese tipo otra cosa más que la satisfacción que la acompañe con el violín? Si te empeñas en ello, estoy dispuesta á no volverle á ver más en mi vida, ni siquiera el domingo, por más que ya se hayan repartido las invitaciones. Envíale una carta diciéndole que estoy enferma y todo queda arreglado. Lo único que me enoja es que haya podido ser considerado como peligroso. Mi orgullo se lastima con semejante idea.

No mentía; creía realmente en lo que decía. Confiaba en que esas palabras harían nacer en mi corazón desdén hacia aquel hombre, pero no

lo consiguió. Todo estaba en contra suya, hasta aquella condenada música. De este modo acabó la disputa, y el domingo se presentaron nuestros convidados, ante los que Troukhatchevsky y mi mujer tocaron una vez más.

XXIII

Creo inútil decir que era muy vanidoso. ¿Qué objeto tiene hoy la vida sin la vanidad? Arreglé, pues, con tanto gusto como pude así lo referente á la comida como lo de la velada musical del domingo. Hice preparar manjares escogidos y extendí yo mismo las invitaciones. A eso de las diez empezaron á llegar los convidados; Troutkhatchevsky se presentó de frac y llevando en la pechera unos botones de brillantes de un gusto detestable y no dió pruebas de la menor

cortedad. Respondió á todo con mucho ingenio y con sonrisa protectora, lo mismo que si hubiese precisamente esperado lo que se acababa de hacer ó decir. No dejé de observar con alegría cuanto le era desfavorable y esto me tranquilizaba, haciéndome comprender que no ocuparía en el ánimo de mi mujer más que un lugar secundario y que, conforme había manifestado, nunca se rebajaría hasta él. Contuve mis celos, no tanto por las razones tranquilizadoras que me dió mi mujer, sino para evitar las horrendas torturas que me ocasionaban los celos. Y, sin embargo, durante la comida y la primera parte de la velada, mientras no empezó la música, mi actitud no fué natural respecto á él, porque, sin darme cuenta de ello, involuntariamente espíe todos sus gestos y miradas.

La comida, como sucede en esos

casos, fué de las más aburridas. Poco después empezó la música; Troukhatchevsky cogió el violín y mi mujer se acercó al piano, escogiendo las partituras. ¡No he olvidado aún ni los menores detalles de aquella velada! Llegó con su caja, la abrió, sacó el violín de una bolsa de seda bordada por mano de mujer y lo templó. Veo á mi mujer haciendo esfuerzos para aparecer indiferente, pero sobrecogida, y lo observé bien, por los mismos temores que tenía de no tocar bien. Se sentó y dió el *la*. Oigo aún los pizzicatos del violín, les veo disponer los papeles de música, dirigir una mirada á los concurrentes, decirse algunas palabras y empezar.

Empezaron al mismo tiempo y tocaron la *Sonata á Kreutzer*, de Beethoven. ¿Conocéis su primer *presto*? ¿Lo conocéis?... ¡Oh!... ¡Oh!...

Al llegar á esto, exhaló Pozdny-

chev un profundo suspiro y se quedó silencioso durante largo tiempo.

—¡Qué cosa más espantosa es esa sonata! Y ese *presto* es la parte más terrible. Sin embargo, toda la música es espantosa. ¿Qué es, pues, la música? ¿por qué produce esos efectos? Se pretende que eleva al alma conmoviéndola. ¡Qué estupidez! ¡Qué embuste! Es cierto que sus efectos son muy poderosos, pero—y conste que hablo por lo que á mi hace—no eleva el alma de ninguna manera; ni la eleva ni la envilece, únicamente la excita; ¿cómo explicároslo? La música hace que lo olvide todo, la verdadera situación en que me hallo y hasta mí mismo; me hace creer en todo aquello que no creo y comprender lo que no comprendo dándome un poder que no tengo. Me hace el efecto de un bostezo ó de una risa. Bostezo cuando veo que alguien lo hace en mi pre-

sencia, y río si se ríen á mi lado. La música produce en mí una situación semejante á la en que se hallaba el que la escribió. Mi alma se confunde con la suya y le sigo en sus sentimientos; ¿por qué sucede esto? Lo ignoro. Pero el compositor Beethoven, por ejemplo, en la *Sonata á Kreutzer*, sabrá perfectamente de donde procedía ese estado que le había impulsado á cometer ciertas acciones y que para él tenía un sentido, una razón de ser de que carecía para mí. He ahí el por qué la música produce una excitación que carece de resultado. Un paso doble da deseos de moverse; una danza de bailar; la música sacra nos impulsa al altar, todo eso tiene un resultado... en una palabra, excitación, excitación pura que no tiene ningún objeto. De ahí precisamente es de donde provienen los peligros y á veces sus espantosas consecuencias.

En la China la música es monopolio del gobierno, y esto mismo debería suceder en todas partes. ¿Acaso debería permitirse que una persona sola pudiese hipnotizar á tantas y obtener en seguida todo lo que quisiese? ¿Debería consentirse que ese encantador sea el primero que llegue, un sér inmoral cualquiera? Hoy la música es un arma terrible en manos de algunos... Esa «Sonata á Kreutzer», ese *presto*, y hay muchos que se le parecen, ¿por qué se ha de tocar en sociedad cuando se tiene á su alrededor damas más ó menos descotadas y aplaudirlo para en seguida pasar á otra cosa? No convendría tocar esas obras musicales más que en ciertas ocasiones importantes, es decir, cuando se quieren producir acciones que estén en relación con el carácter de esa música; pero es muy peligroso y pernicioso en un grado heroico, pro-

vocar sentimientos que no pueden ni deben traducirse en nada. La música ha producido en mí una impresión extraordinaria; paréceme, cuando la oigo, que me dominan nuevos sentimientos y que poseo un poder que desconocía. «Sí, esto es así y no como he visto y oído hasta ahora; sí, así», me decía una voz desconocida en el fondo de mi alma. Sin darme cuenta de ese nuevo estado de mi alma que se revelaba en mí, me sentía muy satisfecho. En ese estado no cabían los celos y veía á los hombres bajo otro aspecto, pues la música me transportaba á un mundo en que los celos no se conocían. Los celos, con todo su acompañamiento, parecíame que eran otras tantas probabilidades que no merecen el trabajo de que me preocupase por ellos.

Después del *presto* pasamos al *andante*, que es bueno, pero de estilo

antiguo; con algunas frívolas variaciones hasta llegar al final, que es más flojo. Luego, á petición de algunos invitados, tocaron un elegía de Ernzt y varias otras piezas que eran buenas, sí, mas no produjeron ni la centésima parte de la impresión producida por la primera. Durante toda la noche estuve muy alegre y satisfecho. En cuanto á mi mujer nunca la había visto de aquel modo, con la mirada brillante, una notable expresión de dignidad mientras tocaba, y después una sonrisa dulce, conmovedora é impregnada de felicidad. Vi todo eso sin darle gran importancia, persuadido de que, lo mismo que me había sucedido á mí, habían germinado en su alma sentimientos desconocidos hasta entonces. Durante la velada apenas sentí el mordedor tormento de los celos.

Dos días después debía emprender

el viaje para ir á la asamblea del Zemstvo, y en el momento en que Troutkhatchevsky recogía sus papeles de música para marcharse, me preguntó cuándo pensaba regresar de mi viaje, porque, según dijo, quería despedirse de nosotros antes de marcharse de Moscou. Deduje que se daba cuenta de la imposibilidad de visitar mi casa mientras que yo estuviese fuera, lo cual me contentó. Su salida de Moscou debía verificarse antes de mi regreso, por lo que no podríamos volvernos á ver y nos despedimos definitivamente el uno del otro. Por la primera vez le estreché la mano con verdadera alegría, dándole las gracias por las distracciones que nos había proporcionado. Se despidió también de mi mujer cuyos modales me parecieron muy sencillos y naturales, Todo marchaba á pedir de boca, y tanto mi mujer como yo es-

tábamos muy satisfechos con el resultado de nuestra reunión, y hablamos en términos generales de las impresiones que nos había producido la música. Nos sentimos, lo que hacía muchísimo tiempo no nos sucedía, atraídos el uno hacia el otro dándonos pruebas de recíproca amabilidad.

XXIV

Dos días después emprendí el viaje á fin de presentarme en la asamblea, y al separarme de mi mujer me hallaba en las mejores disposiciones de espíritu, encontrando el distrito muy animado, lleno de comerciantes que llevaban una vida muy distinta de la nuestra. Dos días seguidos celebramos sesiones que duraron diez horas, y el segundo día, al retirarme á mi hospedaje, me entregaron una carta de mi mujer. Me hablaba de los ni-

ños, del tío de la nodriza, de compras y, entre otras cosas y de la manera más natural del mundo, de una visita de Troukhatchevsky que le había llevado las obras musicales ofrecidas, proponiéndola que tocara con él, á lo que se negó. No recordaba que el violinista hubiese ofrecido semejantes obras, y me parecía por el contrario que se despedía en definitiva, sorprendiéndome esto de una manera desagradable. Volví á leer la carta y se me figuró hallar en ella algo como tímido, forzado. Confieso que la lectura de la carta me produjo penosa impresión. Los celos rugieron en mí lo mismo que una fiera en su guarida y pronta á saltar; tuve, sin embargo, miedo y la contuve. ¡Qué sentimiento más abominable es el de los celos! ¿Podía haber cosa más natural que lo que me escribía mi espo-

sa? me dije y me acosté muy tranquilo, al menos en la apariencia.

Me puse á reflexionar en los asuntos del día siguiente y me quedé dormido sin acordarme de ella. Por lo general, mientras duraban las asambleas, me costaba mucho trabajo conciliar el sueño, y aquella noche me quedé dormido en seguida; pero, y esto es muy frecuente, una súbita conmoción me desveló. Al despertar, mi primer pensamiento fué para ella, para el amor sensual que me inspiraba, y me acordé también del violinista diciéndome que obraban de acuerdo. La rabia y el miedo se apoderaron otra vez de mí é intenté calmarme.

Me dije que aquello era una locura, ya que no había motivos para tener celos; no había nada, nada entre ellos. ¿A qué envilecernos así, yo sobre todo, haciendo suposiciones se-

mejantes? De un lado, un «violinista pagado» que tenía, era cierto, fama de D. Juan, y del otro, una mujer honrada, respetable, mi mujer; ¡aquello era sencillamente un absurdo! No obstante, seguía repitiéndome: ¿por qué había de ser imposible semejante cosa? ¿Por qué? ¿No existía ahí el mismo sentimiento que me impulsó á casarme con ella, la misma y única cosa que yo quería de ella y que otros deseaban también, lo mismo que el músico? Era soltero, robusto... le había visto partir una chuleta con los dientes y como humedecía ávidamente en el vino sus labios rojos. Bien alimentado y bien educado; si profesaba efectivamente algún principio, sería el de divertirse todo lo posible. La música, ese refinado excitante de la voluptuosidad, era el lazo que los unía. ¿Qué era lo que les contendría? Nada. Todo servía para atraerlos el

uno hacia el otro ¿Y ella? Ella seguía siendo, como siempre, un enigma viviente que continuaba siendo indecifrible para mí. No conocía de ella más que su naturaleza animal, y un animal ni debe ni puede ser contenido, ni se contiene tampoco.

Recordé entonces la expresión de sus fisonomías cuando, después de tocar la «Sonata á Kreutzer», tocaron un fragmento musical, no sé de quien, que era excesivamente sensual. ¿Cómo era posible que me hubiese puesto en camino?—me dije acordándome de aquella expresión.—¿No resultaba muy claro que se habían puesto de acuerdo aquella misma noche? ¿No aparecía con toda claridad que en adelante nada les separaba y que lo que había sucedido les puso á ambos, sobre todo á ella, en cierto apuro? Parecíame que la veía con su sonrisa dulce y venturosa, enjugándose el

rostro coloreado y bañado en sudor. Sus miradas se esquivaban, y sólo fué durante la cena y en el momento en que él la sirvió un vaso de agua cuando cambiaron una mirada y una imperceptible sonrisa. Recordaba con terror la expresión de esa mirada y de esa sonrisa apenas perceptibles. «Es cosa hecha», me decía una voz, mientras que otra voz contestaba:

—Es una idea fija, una obsesión, una cosa imposible.

Me apenaba la obscuridad y encendí una luz, y al ver aquella habitación tan reducida con sus cortinajes amarillos, se apoderó de mí una gran tristeza. Encendí un cigarrillo y, lo mismo que sucede siempre que uno se arma un lío de ideas y de contradicciones, fumé el cigarrillo tras cigarrillo á fin de aturdirme y ocultarme esas contradicciones. No pude volver á quedarme dormido en toda la no-

che, y á eso de las cinco de la mañana, cuando aun no había amanecido, resolví, para no continuar sufriendo tantas incertidumbres, marcharme lo más pronto posible. La hora de emprender el viaje era la de las ocho; desperté al portero, encargándole un coche, y envié una carta á la Asamblea, manifestando que tenía que regresar á Moscou para despachar un asunto urgente, y que nombrasen en mi lugar á uno de los suplentes. A las ocho tomaba asiento en el coche y emprendí el viaje.

XXV

Tenía que recorrer treinta y cinco verstas en coche y ocho horas en tren. El viaje en coche fué delicioso. Nos hallábamos en el otoño y hacía un tiempo hermoso aunque frío, brillando el sol en un cielo sin nubes. Las